

La novela *Camino de Singra*: el paso por el Jiloca de Federico Centellas

Rafa Saiz

Copons es una pequeña población en el centro de la comarca de l’Anoia, en la provincia de Barcelona. Se edificó en la confluencia del río que da nombre a la comarca con el torrente de Sant Pere, en la falda de la colina donde había existido un castillo.

Algunas calles caracoleaban entre los restos de las murallas, y las más recientes fueron creciendo extramuros. Una villa que tuvo su esplendor en el siglo XVIII, gracias a los llamados *traginers*, que vendrían a ser lo que ahora llamaríamos la logística comercial de las empresas textiles que se extendían siguiendo el curso del río hasta llegar a la mayor concentración, en la cercana ciudad de Igualada. De ellos dependía que las piezas textiles llegaran a cualquier parte de Catalunya, extendiéndose más adelante hasta Galicia y Castilla. El esplendor del textil continuó, y en los inicios del siglo XX, Copons no se limitaba a ser un eje comercial, sino que nuevas empresas se establecieron en su término.

No por ese auge industrial se abandonaban las tareas agrícolas y ganaderas, y diversas familias, sobre todo de masías, seguían trabajando la tierra y pastoreando sus rebaños.

Un 25 de enero de 1910 un nuevo *coponenc* venía al mundo. Federico era el hijo de Jaime y Concepción, trabajadores del campo, que habitaban una masía cercana al pueblo. Federico creció sin problemas, los años pasaron y pronto se convirtió en un joven de muy buen ver. Era alto, apuesto y bien parecido, lo que provocó el desencanto de alguna que otra paisana suya, al ver que sucumbía a los encantos de una menuda jovencita que se acercaba al baile de Fiesta Mayor desde la vecina localidad de Jorba.

Jorba se encuentra río abajo, entre Copons y la ciudad de Igualada. Cuenta también con una fortaleza del siglo XII, donde habitó el señor de un gran dominio de la Catalunya central, Guerau de Jorba. Bien, en realidad lo que queda del castillo, ya que éste fue destruido sobre el 1835 durante la primera guerra Carlista.

La vida en Jorba siempre ha estado condicionada por el paso del Camino Real, y más adelante, con la aparición de los vehículos de motor, la carretera que unía Barcelona y Madrid partía en dos literalmente la población, hasta tal punto que habían llegado a convivir dos panaderías, una para cada lado de la calzada.

Así que Tereseta, la joven de Jorba, conquistó el corazón de Federico. Pasado un tiempo, se casaron e iniciaron una vida en común en Jorba. No le fue difícil dejar su pueblo. La masía familiar no distaba mucho de su nuevo hogar, y ya hacía un tiempo que trabajaba con un contratista que lo tenía en gran estima, ya que Federico obraba la piedra como nadie. Tan bien se adaptó a su nuevo pueblo, que, espoleado por su cuñado, con el que vivían entonces puerta con puerta, se incorporó en la posición de portero en el equipo de fútbol local.

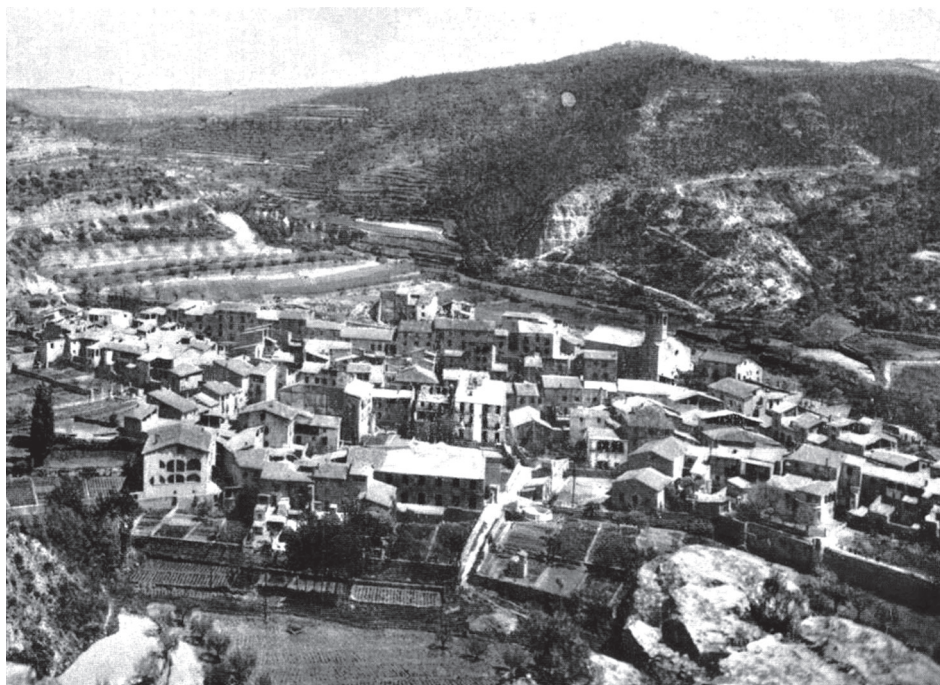
Jorba tenía mucha suerte de haber incorporado a Federico a su vecindario. Enseguida, empezó a participar en todas las actividades sociales que se realizaban en el pueblo —evidentemente incluido el fútbol— y era parte activa de la vida social y cultural del pequeño pueblo. Todo el mundo lo conocía y lo apreciaba, no había casa o calle en la que no hubiera realizado alguna obra. Tal y como nos lo describió Tereseta, era de carácter afable, de fácil conversación, y aunque su personalidad fuera marcadamente progresista —afiliado a la CNT y militante de Esquerra Republicana— sus convicciones eran fundamentalmente pacifistas y conciliadoras. Era conocido por su buena relación con el mosén del pueblo, por lo que cuesta creer que le parecieran correctas las actuaciones que vecinos suyos llevaron a cabo durante los años de la guerra, como pudiera ser la quema de la Iglesia de Jorba.

Así se mostraba en diversas declaraciones del proceso que se siguió finalizada la guerra. Se resumía así el valor de los daños. Dos retablos de la iglesia de Sant Pere, uno barroco y uno renacentista, resultaron desaparecidos para siempre. Así mismo, los paisanos de Federico más radicales, ejercían la violencia gratuita por el término. Fue destacable el asesinato de dos forasteros, que no llegaron a identificarse. En el Ayuntamiento, fueron apartados de sus concejalías dos de los regidores que militaban en el partido de derechas. Igual que en muchos pueblos de la comarca, se instauraba una moneda única para el municipio. Se trataba de una especie de cupones, que garantizaban una economía circular, basada en el funcionamiento del Comité local.

Pues a grandes rasgos, éste era el caldeado ambiente que se vivía en Jorba y su comarca en 1937. Y eso que, igual que en gran parte de la zona, no se había vivido ni un solo bombardeo, y el frente estaba a demasiados kilómetros para percibir desde allí más allá de la propaganda escrita que unos y otros procuraban se extendiera de forma ágil. A Federico le llegó el momento de incorporarse al ejército, teniendo el reemplazo en junio de 1937, pero parece ser que algunos jóvenes adelantaron voluntariamente su incorporación a filas al mes de abril, viajando hasta Manresa con el propósito de ser convertidos en auténticos soldados.

La realidad distaba bastante de lo ideal. El CRIM de Manresa (Centro de Reclutamiento, Instrucción y Movilización) estuvo situado en una gran fábrica textil a orillas del río Cardener, llamada Cal Miralda, pero conocida entre la población como «La fábrica dels panys».

La fábrica destacaba por una característica que la hacía única: disponía de dos potentes dinamos que eran movidas por la fuerza de la corriente del río y así producían la electricidad necesaria para abastecer toda la instalación, haciendo del conjunto una unidad totalmente autónoma y autosuficiente, sin ser perjudicada por los entonces frecuentes cortes de luz.



Vista de Copons desde el castillo.



Jorba con los restos del Castillo sobre la iglesia.

Toda una gran instalación, pero la formación que recibían los jóvenes soldados de la república era más bien escueta. Un poco de teoría, escalafones, normas y demás conductas militares, que se asumían de forma laxa, ya que el recién formado ejército Popular de la República no se caracterizaba precisamente por su marcialidad y organización. Prueba de eso, me llamaron la atención algunas frases al respecto que James Neugass, un brigadista americano que conducía una ambulancia por el frente de Teruel, escribía en sus memorias «la guerra es bella»:

“Si hubo bandas de música, yo no las oí. Medallas, revistas, galones dorados o caballos pintos neuróticos y marciales ni los hubo nunca ni se los echó en falta.

Había poco saludo militar en las ciudades y menos en el frente”.

Y del uso de las armas, otro tanto teórico. La falta de munición provocaba que ésta fuera racionada, por lo que su uso quedaba reducido al combate real. Si bien en principio todos los hombres contaban con su fusil, llevar la bayoneta calada podría ser su salvación, ya que las cajas de munición eran repartidas con gran avaricia, y las órdenes siempre instaban a disparar sólo si se disponía de un blanco certero. Para acabar de alinear la dicotomía de estar en guerra, tener un arma y no disponer de balas, se añadía el ingrediente de la amplia gama de calibres y modelos de munición, que provocaban que, en muchas ocasiones, los soldados recibieran proyectiles que no se correspondían con su arma, provocando en ocasiones curiosos juegos de intercambio entre ellos.

Poco más sabíamos de la historia de Federico. Todo lo que nos había transmitido su querida Tereseta, nos dibujaba una ruta por Huesca y Pirineos, nada más conocíamos. Hasta que un regalo del destino aportaría novedades, justo cuando más las buscábamos.

Me encontraba en la casa donde vivieron Tereseta y Conxita toda su vida, recogiendo artículos y objetos personales, pues la casa se había vendido. Me disponía a desmontar una bonita cómoda, de dos grandes cajones, encimera de mármol y espejo superior, cuando de uno de los cajones se desprendió un doble fondo. Su contenido me dejó helado.

¡Las cartas originales que Federico envió desde el frente a Tereseta! Deduje que la abuela las había escondido allí al volverse a casar. Las costumbres de los años 40 no parece que contaran con que un hombre tolerara que una esposa guardara la correspondencia de un anterior marido. Posiblemente, esas cartas permanecieron años allí, y el paso del tiempo hizo el resto: cayeron en el olvido. De no ser así, seguro que una vez enviudada por segunda vez, Tereseta nos las hubiera mostrado. Las

*Voluntad de mi vida, crees que yo tampoco
estoy en tu vida, y que yo pienso más a
vosotros también que estáis yo el otro día
y la vida. Este cuento fue a menudo la memoria
a la vida de mí y está a menudo la vida
que se recuerda la vida de mí. Tanto fue que yo
encontré lo de la vida. No me escribiste
que recibí una carta, pero que con te he dicho
semeja que yo sé lo que. Sabes que ahí voy
ten carta del men que me da una vida
que voy de la vida que es lo que voy por mí.
Res me te que dices a veces a la vida
y sé una vida a veces del ten espas que tan
te espera a veces y a veces.*

El ten espas

Federico Centelles

Carta de Federico Centelles

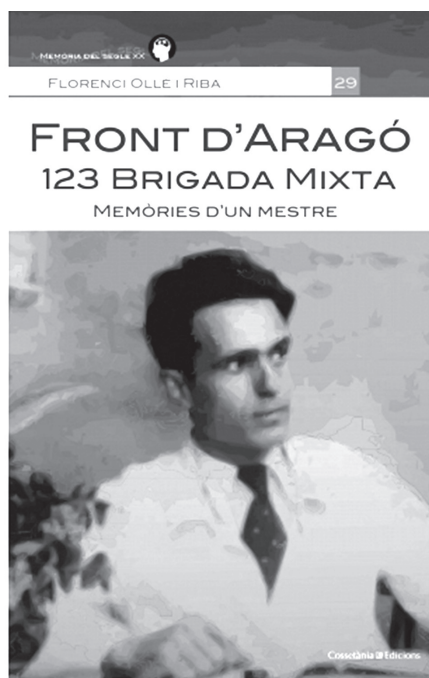
revelaciones de esa correspondencia ayudaron a dibujar un itinerario claro. También el lenguaje formal que se usaba en las misivas, que parece ser un denominador común en todas las recuperadas de aquellos momentos. Podrían ser interceptadas por el enemigo, por lo que no se debían dar datos comprometedores, como ubicaciones demasiado concretas.

Una de las pistas que nos dieron las cartas, fue la unidad donde Federico había prestado servicio, la 123 Brigada Mixta de la 27 División. A raíz de ese dato, aparecía en nuestras vidas un nombre: Florenci Ollé. Florenci fue un maestro de Vallbona d'Anoia — población a escasos tres kilómetros de nuestro hogar— que escribió sus memorias durante la guerra, en forma de diario. Su nieta se encargó de publicarlas en 2019, y el título del libro no deja lugar a duda de qué fue lo que compartió con nuestro abuelo: «123 Brigada Mixta. Diario de un maestro».

Con la constitución del Ejército Popular de la República en una estructura de divisiones, integradas por las llamadas Brigadas Mixtas, unas unidades que contaban con todo lo necesario para operar de forma individual, como pequeños ejércitos, en mayo de 1937 se formó la 123ª Brigada Mixta, con el 2ª Regimiento de la División «Carlos Marx», a partir de ese momento, 27ª, del XXI Cuerpo del Ejército. Su jefe fue el comandante de Infantería Enrique Oubiña Fernández-Cid, que había sido capitán del Batallón de Montaña Madrid Nº 5 de la guarnición de la Seu d'Urgell. Junto a él, el capitán de Infantería Silverio Gallego Salvador, que era teniente del Regimiento Alcántara Nº 14 de Barcelona, y el comisario Francesco Scotti. La 123ª Brigada Mixta tenía una alta proporción de extranjeros en sus filas, reclutados entre los participantes en la Olimpiada Popular de Barcelona.

La unidad participó en la ofensiva sobre Huesca y la Línea del Cinca, para posteriormente, durante el durísimo invierno de 1937 a 1938, sufrir de forma inhumana en la Batalla de Singra, operación enmarcada en las maniobras para conquistar y conservar el control sobre Teruel.

Fue allí donde la 123 Brigada Mixta quedó prácticamente deshecha, dado el gran número de bajas que la diezmaron, producidas en igual manera por el frío que por las armas. Un invierno en el que las temperaturas descenderían por debajo de los 15 grados negativos en los campos de Teruel, atacando sin piedad unos hombres mal pertrechados, con abrigo justo, y muchas veces calzados con alpargatas.



Libro de Florenci Olle

Extracto de *aemet.blog* del 27 de enero de 2021, referente al invierno de 1937/1938 en Teruel. Aportación del periodista, escritor y divulgador científico —y además colaborador de AEMET en la estación de Torremocha del Jiloca— Vicente Aupí:

“La presencia de aire polar sobre España fue mucho más persistente de lo habitual, en un invierno en el que las singularidades del clima de esta provincia aragonesa se aliaron con las carencias propias del frente (hambre, desnutrición, falta de indumentaria de abrigo y pernoctas a la intemperie) para causar entre las tropas efectos tanto o más desastrosos como el de los propios combates. Tanto fue así, que entre el 15 de diciembre de 1937 y el 22 de febrero de 1938, las fechas en las que se desarrolló la batalla, más de 15.000 combatientes de los dos ejércitos sufrieron congelaciones, que causaron la muerte de muchos de ellos y amputaciones de miembros (pies fundamentalmente) en el resto.

La hoja de observaciones de Molina de Aragón de enero de 1938 aporta datos excepcionales: los días 3 y 6 de enero de 1938 se anotan a las 7 horas temperaturas de -21 °C, y el día 7 se observan -19 °C. Es lo que marcaba el termómetro a esa hora, por lo que las mínimas debieron ser todavía más bajas. Es probable que en aquellos primeros tiempos los observadores no dispusieran todavía de termómetros de máxima y mínima, por lo que los datos se circunscribían a los valores observados en tiempo real. Por tanto, a los -21 °C que se leyeron a las 7 horas debieron seguir valores todavía más bajos poco después. Hay que recordar que se trata de la primera semana de enero, en la que a pesar de que el día en conjunto no es tan corto como en el solsticio de diciembre, el Sol sale muy tarde y las noches todavía son muy largas”.

Continuando el trabajo, y partiendo del trayecto que Florenci describía en sus memorias, empecé a dibujar sobre el mapa la que podía haber sido su ruta. Efectivamente, la provincia de Huesca era protagonista, tal como nos había explicado la abuela Tereseta, e igualmente nos confirmaban los membretes y las palabras contenidas en las cartas encontradas. La conclusión más sencilla era que posiblemente, Federico había caído en alguna contienda en esas tierras. Por ello, mi investigación puso la mirada en localidades que Florenci nombraba: Barbastro, Osso de Cinca, Grañén, Aínsa, Boltaña... El dibujo del mapa podía continuar dirección sur, ya que la 123 Brigada Mixta se había desplazado posteriormente hacia Teruel, pero el hecho que el contacto se interrumpiera en tierras oscenses hacía pensar que sus caminos se habían separado en esa amplia zona... pero no fue así.

Hace tan solo un par de años, ignoraba totalmente que existiera la comarca del Jiloca. Menos aún, que uno de sus pueblos se llamara Singra. Ignoraba la importancia de la Batalla de Teruel dentro del desarrollo de la Guerra Civil, y eso que el tema lo conozco bien. Puestos a ignorar, desconocía la sangrienta contienda que tuvo lugar en esa vasta planicie entre Sierra Palomera y Los Cabezos de Singra, y aún menos imaginaba qué objetivo podía tener tal ataque.

Todo eso cambió con un simple correo electrónico. Cuando la madre y la abuela de mi mujer nos dejaron, quedaron en el aire conversaciones de sobremesa, junto al fuego, en las que la abuela Tereseta recordaba que, a su primer marido, Federico, se lo llevaron a la guerra y nunca más supo de él. Nos contaba que habían tenido contacto durante unos meses, primero desde Manresa, donde hizo su instrucción, y luego

desde diversos pueblos de Aragón, entre los Monegros y los Pirineos. Nos decía con sorna, que tan listos que éramos y tantos estudios que teníamos, a ver si pudiéramos averiguar qué fue de él. Evidentemente, nunca fuimos capaces de averiguar más que ella, que en su día caminó desde Jorba hasta Manresa para ver si en los cuarteles le podían dar razón de Federico. Fracásó en su intento, así como nosotros, ya que lo más que habíamos conseguido era su partida de nacimiento y alguna conversación con algún otro familiar suyo, que no nos había llevado a ningún nuevo hallazgo.

Hacía unos meses que la Generalitat de Catalunya había iniciado una campaña llamada «censo de personas desaparecidas en la Guerra civil», así que les habíamos aportado toda la información que en aquel momento conocíamos sobre Federico. Pocas semanas más tarde, se tomaban muestras de ADN a mi mujer, para añadirlas a la base de datos, y poder tener con qué comparar posibles restos que se fueran encontrando con el tiempo.

Entonces llegó el correo electrónico. Desde la sección de la Generalitat bautizada como *Banco de la Memoria Democrática*, nos llegaba la ficha correspondiente del llamado *Coste Humano de la Guerra Civil*. Por primera vez aparecía en nuestras vidas el nombre de un pueblo que a partir de entonces permanecería inevitablemente ligado a nuestra familia: Singra.



Singra. Al fondo, Sierra Palomera.

Singra, un topónimo que sonaba por primera vez en nuestras conversaciones familiares, y un día: 25 de enero de 1938. Inmediatamente, todos en la familia nos percatábamos que se trataba del día del cumpleaños de Federico. Había desaparecido justo el día en que cumplía 28 años.

Por supuesto, me zambullí en la investigación. Debía averiguar todo lo que pudiera sobre ese lugar, y qué pasó allí en enero de 1938. Lo que descubrí me impactó. Como aficionado a la historia, conozco las batallas más importantes que se enmarcaron en la contienda, sobre todo la Batalla del Ebro, evidentemente por su relevancia y cercanía a nuestro hogar, pero nunca había fijado mi atención en la Toma de Teruel, que tuvo como episodios directos la Batalla de Singra, y la ofensiva del Alfambra. Horas de navegación por internet, me llevaron a la compra compulsiva de una serie de libros sobre el tema.

Mientras llegaban mis pedidos, tenía la sensación de haber escuchado antes el nombre de Singra, pero sin haber prestado demasiada atención. No tardé en tener la revelación: Avel·li Artís-Gener (Tísner) hablaba de la batalla de Singra como el episodio más terrible que él había vivido en la guerra, tal fue el número de bajas en las divisiones que él comandaba. Como Florenci Ollé había sido lugarteniente de Tísner, rebusqué entre su diario, y encontré también las páginas en las que hablaba de la batalla, con bastante detalle.

Avel·li Artís-Gener “Tísner” (1912-2000 Barcelona) escribió: *«La orden era tajante: Sin excusa, ni pretexto, atacaréis y ocuparéis el pueblo de Singra»*

Mientras que Florenci Ollé, en su diario escribía *«Da pena ver tanta sangre vertida. Puede ser que la causa que defiendan sea justa, pero a costa de tanta juventud es insensato y más tratándose de hijos de la misma tierra»*.

Releyendo a Ollé, un fragmento de su diario que anteriormente había pasado más o menos por alto, tomaba una relevancia estremecedora: *«Ha venido un herido grave. Posiblemente no llegue a mañana. Nos ha enseñado un retrato de su mujer y de una hija de pocos años, a quien él no sabe que seguramente no verá jamás»*.

Y ¿qué carajo podía tener Singra, un pueblecito de Teruel como otros tantos, para que fuera tan decisivo en la contienda? Pronto averigüé la respuesta: Los Cabezos. Unos pequeños montículos que proporcionaban visión panorámica sobre la carretera Zaragoza-Teruel y la vía férrea que en aquel entonces transcurría paralela a la carretera. Cortar y controlar aquellas dos líneas de comunicación garantizaría que las tropas franquistas no podrían acudir en ayuda de las unidades que habían sido derrotadas unas semanas antes, cediendo a control republicano una capital emblemática como era Teruel.

Así que ésa era la explicación de por qué se decidió atacar esas posiciones controladas por los sublevados desde la cercana Sierra Palomera. Cercana porque la distancia no es nada del otro mundo, pero a años luz del objetivo, teniendo en cuenta que el ejército atacante no dispondría de ningún lugar donde esconderse durante todo el ataque.

Un nuevo libro llamaba a mi puerta: *«La batalla de Teruel, guerra total en España»*, de David Alegre Lorenz, me tendría absorto un par de semanas, asimilando la enorme cantidad de datos, situaciones y condicionantes que el autor narra en el brillante texto. Un contexto que iba tomando forma. Una comarca que nunca había pisado, de la que iba conociendo detalle tras detalle a medida que avanzaba mi investigación.

Una nueva llamada literaria, y un nuevo libro que se añadía a mi entonces monotemática y obsesiva colección turolense: «Lugares de la guerra, Teruel» era la primera aportación de Alfonso Casas Ologaray a mi recopilación informativa, esta vez en forma de catálogo de lugares donde se habían librado combates en la provincia de Teruel, y los restos que se conservaban en cada uno de ellos.

Con ese último libro en la mochila, y ansias de pisar el terreno, un 19 de agosto emprendía viaje hacia Singra, con la intención de entender mejor como había sido aquel suceso, evento, contienda... como le quisiéramos llamar, que acabó con la vida de nuestro abuelo Federico.

A puerta fría, nos plantábamos en Singra e iniciábamos las pesquisas. Con la inestimable ayuda de José Fuertes, alcalde del pueblo, con el que nos topamos de forma casual, visitamos Los Cabezos, la cota a tomar en la mortal ofensiva. Fue revelador lo que se nos presentó allí. Se conservan trincheras, un refugio y un par de nidos de ametralladoras en bastante buen estado, y ciertamente, la perspectiva desde aquella atalaya sobre las vías de comunicación hacía entender a la primera la importancia de dominar el lugar.

Pero lo que más me impactó fue mirar hacia el otro lado. Entorné la vista y por un momento, me trasladé a enero de 1938. Al fondo, Sierra Palomera, el lugar de inicio de la ofensiva, donde el ejército Republicano tenía su base. Entre ellos y nosotros, una vasta planicie sin ningún parapeto ni lugar donde resguardarse del fuego enemigo, en toda la distancia que nos separaba. Pude ver avanzar los hombres, separándose por el inmenso campo para dificultar ser blanco de los proyectiles, evolucionar lentamente hacia nosotros. Estábamos en agosto, pero había nevado y el frío era intenso, y el viento gélido cortaba la piel como cuchillas. No soy militar, pero me quedó claro que aquella operación fue un suicidio, una irresponsabilidad de unos mandos militares que no daban su justo valor a las vidas de los soldados bajo su mando, mandando a la muerte a un gran número de jóvenes.

Reabrí los ojos, y volvió a ser verano; el sol nos achicharraba e iniciamos el descenso hacia el pueblo. Escuchaba voces, seguía a duras penas la conversación, pues mi cerebro ya había iniciado la escritura de la novela. *Camino de Singra* ya se estaba escribiendo, sin ordenador, sin papel... en mi mente.

Para cerrar el círculo, nos acercamos a Villarquemado, donde visitamos el Centro de interpretación de la Batalla del



Las trincheras serpentean en la falda de los Cabezos. Ante nosotros, la inmensa planicie.

Alfambra, una fantástica instalación donde acabar de tomar conocimientos sobre lo que allí sucedió en el durísimo invierno del 1937 al 1938.

Pasaba un año, y volvía a visitar Singra, esta vez para presentar el libro en el lugar donde la historia narrada en él encuentra su final. Las *I Jornadas de la Guerra Civil de Singra* eran un éxito, y para toda la familia fue un fin de semana inolvidable. Terminábamos las jornadas con el momento más agrio: la visita al cementerio de Singra, donde en 2008 se exhumaron los cuerpos de 36 soldados, que fueron clasificados y colocados en cajas en unos nichos. Fueron exhumados en los trabajos de búsqueda de los concejales de Calamocha fusilados en las inmediaciones de Singra, en septiembre de 1936. Quedamos estupefactos de que dieciséis años más tarde, no se les hayan practicado las correspondientes pruebas de ADN.

Federico podría ser uno de ellos, y aquellos hombres siguen allí, en el anonimato, en un lugar de fácil acceso, que no requiere ni tan solo de herramientas para poder realizar tomas de las muestras. Decidí trabajar para encontrar familiares con desaparecidos en la Batalla de Singra.

Pasadas unas semanas de nuestra segunda visita a Singra, nos llegó por la prensa la noticia de que el Gobierno de Aragón adjudica fondos para operaciones en el cementerio de Singra. Mi obstinación y una campaña que inicié por redes da como fruto la incorporación de más familias con desaparecidos en Singra. En total, nos unimos nueve familias con ese denominador común. Nos confirman desde el Gobierno de Aragón que la intención es finalizar la tarea que se dejó a medias hace 16 años, incorporando el ADN de los 36 soldados a las bases de datos, así como enviando a las nueve familias los correspondientes kits de toma de ADN para poder realizar las oportunas comparaciones. Entre los 36 hombres pendientes de ADN, tal vez haya una coincidencia con nuestra familia, y la segunda edición de *Camino de Singra* se diferencie de la primera porque la historia tenga por fin, un final. Si los restos de Federico no están entre los 36 de Singra, puede que alguna de las ocho familias restantes pueda cerrar por fin sus heridas.

Llegó un nuevo invierno, y en unos días de diciembre que empezaban a mostrar la dureza del invierno turolense, visitábamos de nuevo la comarca. Nuestro destino: Villarquemado, donde realizaría una nueva presentación de *Camino de Singra*, esta vez en el Centro de Interpretación de la Batalla del Alfambra.

Parada obligatoria en Singra. Esta vez no hacía falta imaginación. Pequeños chubascos de nieve granulada, acompañados de un viento que cortaba el cutis, me dieron en esta ocasión un baño de realidad. Acompañado por uno de los familiares de los desaparecidos, al que conocí en persona allí mismo y que quiso pisar el terreno, subiendo hasta los refugios de los Cabezos, y después, los nichos y fosa del cementerio.

Bien abrigados, el frío se antojaba intenso. Sólo quedaba para la imaginación estar allí solos, con alpargatas y envueltos en una triste manta. La imagen de Sierra Palomera se difuminaba tras nuestros ojos húmedos.